



Capítulo 615: Una Nueva Cruzada

Helios no se ganó el apodo de "El Dragón Dorado" únicamente por el color de sus escamas.

Le llamaban dorado por su aura digna y regia, así como por sus gustos.

No era un prejuicio del que él fuera consciente, pero después de miles de años de gobernar como rey de la nación más poderosa de Dola, se había acostumbrado a experimentar solo lo mejor.

Y ahora, mientras se encontraba frente al lugar donde Hajun le había dicho que se encontraran, sintió por primera vez, en mucho tiempo, una sensación de absurdo.

"Este lugar está por debajo de mí..."

Helios estaba mirando un restaurante pequeño y de aspecto grasiento.

No parecía un establecimiento de buena reputación, ni tampoco digno, en ningún sentido.

Pero ya podía sentir dentro a quienes había venido a buscar.

De repente, la puerta se abrió de golpe y salió un hombre fumando un cigarrillo.

Era un dragón de unos miles de años de antigüedad, que había elegido mostrar rastros de su edad en su apariencia, mientras se mantenía erguido de manera digna.

A juzgar por el olor de la comida, claramente él era el cocinero.

"Hombre, esa emperatriz sí que sabe comer... y la otra bebe, más que cualquier hombre o mujer que haya visto..." Finalmente, el hombre notó a Helios parado afuera.

"Oh, oye, debes ser el invitado del emperador, ¿verdad? Entra, están todos allí, pero creo que empezaron a festejar sin ti", se rió el hombre.

"Cierto..." Habían pasado tantos años desde que se le había hablado al dragón dorado con tanta informalidad.

Fue discordante.

Helios finalmente dejó de quedarse afuera, mirando boquiabierto, y se aventuró dentro del edificio.



Una vez que abrió la puerta, pudo escuchar claramente varias corrientes diferentes de risas llenando el aire.

Cuando apareció ante el público, fue recibido con una serie de vítores y entusiasmo.

Darius: "¡Lo logró! ¡Me preocupaba que su viejo trasero no pudiera seguir el mapa en su teléfono!"

Jasmine: "¡Nunca dudé de ti, ni un segundo, abuelo!"

Hajun: "¡Ven aquí y tómate una copa conmigo!"

Dentro del restaurante vacío, una mezcla de rostros ya estaban sentados, ocupando múltiples cabinas, mientras lo esperaban.

Abaddon estaba entre dos mujeres, que Helios ya conocía bastante bien, pero no esperaba que ellas también hicieran su aparición.

"...Tradicionalmente, nieto, cuando alguien solicita una comida contigo, de hecho, se refiere solo a ti." El Dragón Dorado sintió como si tal vez ese punto no se hubiera explicado adecuadamente antes.

Abaddon sonrió tímidamente. "Todo esto sucedió en el último momento".

Milagrosamente, el gran dragón apareció de repente fuera de su asiento y se paró junto a su abuelo. "Vamos a dar un paseo por un momento. Valerie, mantén a Bekka lejos de mi plato, si no te importa".

"Clar-"

"Estamos casados, así que lo que es tuyo es mío, dulce esposo".

Bekka agarró las dos salchichas que descansaban en el plato de Abaddon y se las tragó como si fueran... bueno, salchichas.

Abaddon, furioso en secreto y planeando vengarse, condujo a su abuelo a una cabina vacía al otro lado del restaurante.

Mientras caminaban hacia la parte de atrás, Helios no pudo evitar observar cada mínimo detalle del establecimiento.

"¿Por qué me has hecho encontrarte en esta ...choza...?"

—No es ni de lejos una choza —se burló Abaddon—. Es un buen punto de partida para mí. Lugares como este nos mantienen a mi familia y a mí con los pies en la tierra.

¿Qué necesidad tienes de algo así, cuando prácticamente estás por encima de todos?



"Quien olvida de dónde viene, inevitablemente vuelve al punto de partida. Un sentido de humildad protegerá mi mente de la arrogancia y la codicia venenosas".

"Humildad, ¿eh? ¿Entonces crees que eres un hombre de apariencia normal?"

"No, no tengo igual ni superior en cuanto a apariencia física. Soy humilde, pero no ciego."

Helios puso los ojos en blanco. "A veces te pareces tanto a tu padre..."

Abaddon se detuvo, justo cuando estaba a punto de sentarse en una cabina, y miró a su padre. "Sí, bueno... eso no es tan malo. Sin duda he conocido hombres peores que él".

Helios no preguntó qué quería decir su nieto, ni por qué parecía estar pensando en algo de toda una vida atrás.

La razón por la que no lo hizo fue... que simplemente era malo en ese tipo de cosas, y lo había sido desde que tenía memoria, desde que fue capaz de pensar de forma independiente.

"Entonces, ¿vas a sentarte?"

Helios miró la cabina con cautela. "...Realmente me gustaría sentarme en esto..." —

Siéntate, anciano —Abaddon puso los ojos en blanco.

Parecía que casi mataba a Helios al hacerlo, pero aun así, finalmente se sentó.

—¿Y entonces? No quiero decir que seas un hombre frío, pero ciertamente no eres el tipo de persona que pide reunirse porque extraña la compañía de su nieto.

Helios se sintió un poco incómodo, ya que no esperaba que comenzaran a conversar de inmediato.

¡Esto no es lo que había practicado en casa!

Se imaginó que primero se sentarían y hablarían de cosas más ligeras, posiblemente incluso compartirían una bebida o recordarían los días en que él era un pequeño lagarto flacucho, que se casó con una mujer que le doblaba en tamaño.

¡Ya sabes, una pequeña charla!

Pero ahora que estaban a punto de comenzar la conversación, ¡Helios no estaba en absoluto preparado!



"No hemos tenido la oportunidad de ponernos al día en un tiempo, así que es posible que no lo sepas..." comenzó Abaddon.

Cuando Helios volvió a mirar a su nieto, casi sintió como si estuviera mirando a un hombre diferente.

El aire alrededor de Abaddon había cambiado significativamente, y se había convertido en algo mucho más opresivo, dominante e incomprensible.

Fue entonces cuando Helios finalmente se dio cuenta de cuánta sangre debió haber derramado Abaddon para desarrollar este tipo de disposición.

Y lo más extraño era que, a medida que pasaba el tiempo, parecía volverse cada vez más opresivo.

"He desarrollado un conjunto de talentos muy... distintivos, ¿lo ves?" continuó Abaddon. "Puedo sentirlo en mi sangre cuando miro a un hombre que tiene la conquista en mente".

Helios parecía horrorizado, como un hombre al que hubieran pillado con los pantalones bajados.

Si se enterara de que Abaddon también conocía sus preferencias sexuales innatas, probablemente se desmayaría.

Pero Abaddon también consideró que esa habilidad era una maldición, desde el día en que accidentalmente miró a Thea y se enteró de su fetiche por que le tiraran el cabello...

Ahora que el gato ya había salido de la bolsa, Helios suspiró derrotado.

El dragón miró distraídamente por la ventana, mientras golpeaba la mesa con su garra.

"Has hecho lo que yo quería hacer, pero mejor. Has creado un refugio para nuestra gente, donde estamos libres de cualquier opresión que pueda recaer sobre nosotros, o de cualquier humano vil que intente domarnos.

"Has hecho que nuestro pueblo sea fuerte. Eterno. Esto es todo lo que podría haber deseado, pero en mi época, mis esfuerzos representaron un insignificante tercio de los tuyos", dijo Helios con sinceridad.

—No hagas esto. —Abaddon levantó la mano—. No comparemos nuestros logros. Gran parte de lo que he logrado fue posible gracias al trabajo de base que tú preparaste en Antares. Piensa en esto como un esfuerzo conjunto y deja de lado cualquier otro pensamiento.



Una vez más, Helios quedó atónito y en silencio, ante su nieto.

Se parecía tanto a Yara en su comportamiento, que daba miedo.

Ambos eran personas inquebrantablemente amables.

En el lugar donde nació Helios, los dragones no son especialmente "amables". A veces, ni siquiera con los suyos.

La amabilidad es vista como un lujo, que simplemente no tienen.

La creencia era que, para sobrevivir, tenían que ser criaturas despiadadas y dominantes, que se abrían paso hasta la cima por cualquier medio necesario.

Sólo cuando eres grande e intocable tienes el lujo de ser "amable".

Porque no queda nada más que sea capaz de hacerte daño.

El problema es que subir la escalera de esa manera lleva muchísimo tiempo.

Y una vez que un dragón alcanza la madurez, se queda estancado en sus costumbres y encuentra pocas razones para cambiar, siendo la amenaza de la traición una gran preocupación.

Helios no fue una excepción.

Quizás esa era la razón por la que estaba tan fascinado por su hija.

Nació con un deseo innato de mostrar compasión, y fue un rasgo que transmitió a sus tres hijos.

No era algo que Helios entendiera, pero era algo que a veces deseaba poseer.

Realmente fue algo extraño, mirar a tu propio descendiente y ver todo lo que quería ser.

¿Debería estar celoso?

¿O tal vez incluso poseer un sentimiento similar al de sentirse excluido?

No... quizás lo mejor sería simplemente sentir un poco de orgullo.

"...Entonces, ¿qué es lo que quieres preguntarme?" Abaddon volvió a preguntar.

Helios salió de su pequeño momento de reflexión y regresó al presente.

"Bien... Ya me has devuelto a mi querida Rhea. Y también me has devuelto la vida con mi familia.



De ninguna manera estás obligado a hacer nada por mí, nunca más, pero temo que debo pedirte, sin vergüenza, alguna cosa más.

"Si tu visión para nuestro pueblo es la misma que la mía, y también deseas ejecutar una venganza divina sobre aquellos que se llaman a sí mismos nuestros conquistadores, entonces te pido, Abaddon... que me ayudes a bañar todo Visoleer con el resplandor de nuestro fuego divino".

Abaddon había escuchado un poco sobre el mundo natal de su abuelo, gracias a su nieta Gabbrielle.

Si bien el concepto de cazadores y jinetes de dragones no es exclusivo de ese mundo, es particularmente brutal allí.

Era el tipo de cosas que Abaddon no podía permitir, incluso si Helios no le hubiera pedido ayuda.

Sólo necesitaba un pequeño empujón para empezar.

"...Tomará tiempo", dijo Abaddon con seriedad.

"Ya he esperado varios miles de años. Puedo esperar un poco más si es necesario".

"No hago las guerras a medias. Esto dejará tu viejo mundo completamente inhabitable".

"¿Hay otra manera de llevar a cabo una guerra contra adversarios odiados?"

Abaddon sonrió para sí mismo; dándose cuenta por primera vez de lo parecidos que podían haber sido él y su abuelo. "No... ciertamente no la hay."